



EL JARDIN ENGAÑOSO.

Nueva y curiosa relacion, en la que se refieren los amores de Don Fadrique y Don José de Alvara, y de Doña Constanza y Doña Teodosia: dase cuenta, como al verse despreciado Don Fadrique, dió muerte á su hermano, lo echó en un pozo, y con joyas y dinero se pasó á Italia.

PRIMERA PARTE.

Con el favor de María, que como madre de gracia á los hombres comunica la salud para sus almas, pues de su precioso Hijo

todo lo que pide, alcanza: aquella que de abeterno ya fue de Dios destinada para ser del Verbo madre, y fue concebida en gracia,



poniendo al fiero dragon
 por trofeo de sus plantas:
 aquella que vió san Juan
 con su grande perspicacia,
 que estaba del sol vestida,
 y de la luna calzada,
 y una corona de estrellas
 sobre sus sienas sagradas:
 á la vara de Jesé,
 á la hija de Santa Ana,
 y para decirlo de una,
 á la Virgen soberana
 con título del Rosario,
 es á quien mi afecto llama,
 para que me dé su ayuda
 y me asista con su gracia,
 dé luz á mi entendimiento,
 y vigor á mis palabras,
 porque espliche á los oyentes
 con brevedad y eficacia
 á cuánto el amor obliga;
 las penas que el amor causa,
 los desatinos y enredos
 que entre los amantes pasan.
 Pero para qué me canso,
 si es cosa evidente y clara,
 que todo al amor se rinde,
 todo el amor lo avasalla?
 Oigan pues aquesta historia,
 que admiran sus circunstancias:
 comienzo de esta manera,
 atención á mis palabras.
 En la ciudad mas insigne
 que alumbra el sol y el mar baña
 que es Lisboa, pues merece
 del mundo las alabanzas:
 en esta ciudad ilustre,
 de Portugal corte, y mapa
 del orbe por populosa,
 bien dispuesta y dilatada,

en esta ciudad nació
 de muy ilustre prosapia,
 adornado de mil prendas,
 Don Gerónimo de Alvara,
 tan ilustre en su linage,
 y tan antigua su casa,
 que en el reyno lusitano
 es de todos venerada.
 Tuvo de su matrimonio
 dos pimpollos ó dos ramas,
 era Don José el uno,
 Don Fadrique al otro llaman,
 que si el uno era bizarro,
 el otro se le aventaja.
 Tan ilustres y aplaudidos
 en la ciudad se miraban,
 que fueron los dos pimpollos
 de la real casa de Alvara.
 Siendo pues de doce años
 Don José, segun declara
 la historia, y que Don Fadrique
 á diez años no llegaba,
 cuando cortó á padre y madre
 el vital hilo la parca.
 Huérfanos los dos quedaron,
 pero con riqueza tanta,
 que con maestros pudieron
 aprender buena enseñanza.
 Crecieron los dos hermanos,
 y ciñéndose la espada,
 fueron por su gran valor
 respetados en su patria.
 Eran en suma bienquistos,
 políticos, que admiraba,
 de todos muy estimados
 por su conducta y prosapia,
 dotados de cuantas prendas
 á un buen caballero esmaltan.
 Enfrente de los balcones
 de su primorosa casa

vivia una gran señora,
 llamada Doña Constanza,
 mas bella que dos mil soles,
 y mas airosa que Palas,
 y que solo con su vista
 los corazones robaba.
 Sus perfecciones no digo,
 por no hacer la historia larga;
 pues era mortal envidia
 de las deidades humanas.
 Tiró Cupido una flecha
 al corazon de Constanza,
 por mano de Don José,
 tanto que de amor se abrasa.
 A este tiempo Don Fadrique
 pena y muere por Constanza,
 Constanza lo aborrecia,
 tanto que cuando pasaba
 por frente de sus balcones,
 por no verle se encerraba.
 Tenia tambien consigo
 Doña Constanza una hermana,
 llamada Doña Teodosia,
 tan hermosa y tan bizarra,
 que si Constanza era bella,
 era mas linda la hermana.
 Teodosia por Don Fadrique
 dias y noches pasaba
 en un penar muy continuo,
 pues de fino amor se abrasa,
 dando de su pasion ciega
 demostraciones muy claras.
 Fadrique la aborrecia,
 pues solamente á Constanza
 su amor le habia entregado
 potencias, sentidos y alma.
 Viendo la noble señora,
 que Don Fadrique penaba,
 y que Don José su hermano
 era el que le robó el alma,

se valió de la prudencia,
 y una noche que pasaba
 Don Fadrique por su calle,
 por una ventana baja
 le llamó con gran secreto,
 y le dijo estas palabras:
 señor Don Fadrique, yo
 soy la estimada Constanza,
 mas temo que por hermosa
 tengo de ser desgraciada.
 Don José su amado hermano,
 mayorazgo de su casa,
 me lleva las atenciones,
 y estoy de su amor prendada.
 Y así, señor Don Fadrique,
 puede buscar otra dama,
 que si yo no soy su esposa,
 es que quiero ser su hermana.
 No dijo mas, y con esto,
 cerrándole la ventana,
 quedó el señor Don Fadrique
 como un tigre, con tal rabia,
 que un leon en lo iracundo
 parecia, pues echaba
 mucha espuma por la boca,
 maldecia y perjuraba.
 Quién dijera, quién dijera,
 que amor le precipitára
 á un hecho el mas asombroso,
 á la mas enorme infamia,
 que fue dar muerte á su hermano?
 Así fue: pues á su casa
 caminó con ira y furia,
 y sin hablarle palabra,
 y sin que se defendiera,
 pues descuidado se hallaba,
 le dió á Don José su hermano
 una tan fuerte estocada,
 que le derribó en el suelo,
 y con cuatro puñaladas

4
le dió la muerte, y despues
con ferocidad osada
en un pozo lo arrojó,
sin que nadie de la casa
fuese testigo del hecho.
Y recogiendo la plata,
se salió con su caballo,
y en Almería se embarca
en un navío soberbio,
que navegó con bonanza
hasta el reyno de Sicilia;
y en la provincia de Italia
estuvo catorce años,
sin dar la vuelta á su patria,
espendiendo su tesoro:
pero siempre le arrastraba
su pasion á que volviera
á ver á su gente amada.
Dejemos á Don Fadrique,
y volvamos á Constanza,
que pasó toda la noche
de aquella infeliz desgracia,
esperando á Don José;
y otro dia de mañana,
cuando se supo en Lisboa
de Don Fadrique la falta,
y de Don José su hermano,
(que su muerte se ignoraba,
y estuvo siempre en secreto,
pues indicios no se hallaban
de pendencia, robo ó crimen,
que ser muerto se juzgára)
se hicieron las diligencias,
por ver si los encontraban.
Se informan de los vecinos
y criados de la casa;
nadie dice haberlos visto,
ni saber á donde paran.

Y como no los hallaron,
preguntándole á Constanza
si sabia algo del caso,
respondió no saber nada;
mas siempre tuvo recelo,
que maldad habria armada
por el ingrato Fadrique,
mas calló disimulada.
El Rey se tomó la hacienda,
quedó perdida la casa,
Don José de Alvara muerto
en un pozo ciego estaba
dentro de su misma casa,
sin que éntonces se pensára
en querer reconocerle;
Don Fadrique allá en la Italia,
Lisboa en gran sentimiento,
llena de pesar Constanza,
Teodosia afligida y triste;
reparad lo que amor causa,
cuando pása ya á locura,
y es pasion desordenada,
que á todo riesgo se empeña
quien de él herido se halla.
No se pasaron dos meses,
cuando se casó Constanza
con un noble caballero,
que Don Carlos se llamaba,
de Mendez por apellido,
de rica y noble prosapia,
siendo muchos los festejos,
que hicieron por esta causa
los amigos y parientes.
Y en otra segunda plana
diré como Don Fadrique,
restituido á su patria,
entregó el alma al demonio,
y se libró de sus garras.

F I N.

SEGUNDA PARTE,

En la cual se refiere, como Don Fadrique le entregó el alma al demonio, por gozar de Doña Constanza; y siendo libre por intercesion de la Virgen Santissima del Rosario, se casó al fin con Doña Teodosia.

Ya deja la primer parte casada á Doña Constanza, Don José de Alvara muerto, y Don Fadrique en Italia, y prosiguiendo la historia, silencio á todos se encarga. Asi que supo Fadrique que se ignoraba su infamia, trató luego de volversé á su muy querida patria, y en un barco genovés que partia para España, se embarcó, y en Gibraltar desembarca, y su jornada á Portugal endereza, en donde fue con estrañas muestras de amor recibido de todos sus camaradas. A sus deudos y parientes por su hermano preguntaba, fingiendo con sentimientos, sentia mucho su falta. Y aunque supo por muy cierto que Constanza era casada, no obstante quiso seguir sin freno su depravada pretension, por ver si acaso puede llegar á gozarla. O fiero horrible delito! ò pasion desordenada, que asi ofuscas á los hombres las tres potencias del alma,

sin que puedan del discurso tomar la buena enseñanza! Asi seguia Fadrique sin rienda su depravada intencion, solicitando con villetes y con cartas atraer á su cariño á la que no se acordaba haberle tenido amor en ningun tiempo, y amaba en extremo á su marido, y aunque tanto no le amára, el haber nacido noble, para su honradez bastára. Y asi cuando algun papel de Don Fadrique le daban, con juiciosa pesadumbre á las llamas lo entregaba, sin leerle, por no ver letras que se encaminaban á hacer ofensa á su honor. Y viendo no aprovechaban todas estas diligencias, dejó Fadrique las cartas, y con música y paseos la calle escandalizaba. Viendo esta buena Señora la desatencion sobrada de este noble caballero, y que su hermana prendada estaba de su aficion, de tal suerte, que en la cama



la tenia una profunda
 melancolía postrada,
 de modo, que á peligrar
 llegó su vida, y Constanza,
 como tanto la queria,
 quiso ver, si con palabras
 persuadiría á Fadrique,
 que con ella se casára.
 Y enviándole á llamar,
 vino luego sin tardanza:
 recibióle con agrado,
 y con corteses palabras
 le dice que tome asiento;
 y el mancebo con bizarra
 gallardía corresponde,
 pues de esta suerte le habla:
 á la vista de tus ojos
 de cualquier suerte descansa
 mi corazon, dueño mio;
 dí lo que quieres, que aguarda
 el alma, salga el asunto
 de ese tu pecho. Y Constanza
 así comenzó á decirle:
 señor Don Fadrique Alvara,
 pretender el menoscabo
 del honor de cualquier dama,
 en un villano es delito;
 pues el que tiene heredada
 sangre clara que le ilustra,
 y nobleza que le ensalza,
 qué satisfaccion dar puede,
 que tal culpa satisfaga?
 Sabes que soy bien nacida?
 ignoras que soy casada?
 dudas que mi esposo es noble?
 Si esto sabes, cómo ultrajas
 con tantas desatenciones
 todo el honor de mi casa?
 qué pretendes alcanzar?
 muy loca es tu confianza,

pues tengo esposo á mi gusto,
 soy noble y aquesto basta.
 Mas porque entiendas que yo
 te estimo, con mano franca
 te daré esposa que á mi
 en la nobleza me iguala,
 en la hermosura me escede,
 como es Teodosia mi hermana,
 noble, virtuosa, honesta,
 hermosa, prudente y sabia,
 la cual á tu gallardía
 tiene rendida su alma.
 En cuanto mi hermana quiere,
 qué me respondes? qué hablas?
 Respondióle desatento
 con osadía sobrada:
 como yo logre tus brazos,
 hermosísima Constanza,
 te doy palabra de hacer
 todo cuanto á tí te plazca.
 Viendo tal desatencion,
 con una impaciencia honrada
 le dijo: cuando tú harás
 de la noche á la mañana
 en esta plaza un jardin
 de cuantas flores se hallan,
 entonces conseguirás
 tu intento, y aqueña vana
 pretension de tu locura.
 Y dicho esto, se aparta
 de su vista, y él quedando
 corrido, con ira y saña
 dijo: si con eso logro
 todo el fin de mi esperanza,
 te doy palabra de hacerlo,
 aunque aventure mi alma.
 Salióse despavorido,
 y cual vívora pisada,
 perturbados los sentidos,
 al demonio busca y llama.

No se tardó en acudir, pues no bien puso las plantas en la calle, cuando oyó un hombre que le llamaba. Acercóse á él, y le dijo: qué me quieres, camarada, que tan ansioso me buscas? yo soy el que tú llamabas: yo soy el demonio, pide. Y como tan ciego estaba, le dijo, muy obligado quedaré, como me hagas enfrente de este balcon, en esta espaciosa plaza, un jardin de cuantas flores por todo el mundo se hallan, con pajarillos que alegren con sus dulces consonancias; si lo haces, te daré una cédula firmada de mi mano, en que serás dueño y señor de mi alma. Respondióle: soy contento, venga, amigo, aquesa carta. Sacó luego Don Fadrique de un estuche una navaja, y abriendo sus propias venas, escribió en letras de grana: el alma doy al demonio por el amor de Constanza. Se la dió, y dijo al partirse: si mi esclavo ya te llamas, de qué te sirve el rosario con que ciñes la garganta? arrójale. Y él responde: No, que hasta ver tu palabra cumplida, no soy tu esclavo; logre yo mis esperanzas, y desde luego soy tuyo, y harás lo que mas te plazca.

Tú lograrás tu intencion, replicó, vete y descansa. Desapareció el demonio, Fadrique se fue á su casa, olvidado de la ofensa contra Dios ejecutada, deseando amaneciese; y antes que rayase el alva, se fue al sitio señalado y quedó absorto, al ver tanta variedad de hermosas flores: juzgó que allí se ostentaba el palacio de Amaltea, ó era de Flora la estancia; pues lo vario en los colores, tanta yerba, tanta planta, tanto alegre pajarillo, con alegres consonancias, lisonjeaban el viento, y á los ojos admiraban. A cuyo tiempo Don Carlos, el marido de Constanza, saliendo á abrir el balcon, al ver maravilla tanta, para ver la novedad, al punto á su esposa llama; la cual se quedó suspensa, atónita y asustada, pues le vino á la memoria al instante la palabra que habia dado á Fadrique, y en razones mal formadas á la Virgen del Rosario en su ayuda implora y llama. Del susto que recibió, quedóse allí desmayada en los brazos de su esposo; y él que todo lo ignoraba, dió voces á su familia, y subió entre las criadas

y criados Don Fadrique
 á ver novedad tan rara.
 Apenas volvió del susto
 la bellísima Constanza,
 hechos sus ojos dos fuentes,
 prorrumpió en estas palabras:
 Carlos, esposo y señor,
 oye mis voces, y en nada
 interrumpas mis razones,
 pues yo soy de todo causa.
 Sabrás como Don Fadrique
 desde muy niño me amaba:
 por mí dió muerte á su hermano,
 y cuando volvió de Italia,
 solicitó mis amores;
 y yo, viendo que mi hermana
 estaba de su afición
 tan sumamente prendada,
 le embié á llamar un dia,
 por ver si con mis palabras
 bastaria á persuadirle,
 que casase con mi hermana.
 Respondíome desatento,
 que él á mí solo me amaba.
 Y yo enojada respondo,
 diciéndole estas palabras,
 que cuando haria un jardin
 en medio de aquesa plaza,
 con yerbas, plantas y flores,
 de la noche á la mañana,
 que entonces sería suya.
 Y pues he sido liviana
 en poner precio á mi honor,
 dame la muerte, á qué aguardas?
 Y respondió Don Fadrique
 estas siguientes palabras:
 el que merece la muerte

yo soy, hermosa Constanza.
 Quedó Don Carlos suspenso,
 y todos los que alli estaban:
 á cuyo tiempo el demonio,
 ardiendo de fuego en llamas,
 se apareció muy furioso,
 y dijo con ira y rabia,
 con palabras muy sentidas:
 yo la cédula firmada,
 y escritura de Fadrique
 vengo á rasgar, pues lo manda
 la que es del divino Verbo
 madre, y del hombre abogada,
 por la santa devocion
 que le tuvo, pues llevaba
 siempre al cuello su rosario;
 y dicho esto, la rasga.
 Desapareció el demonio,
 dió un estallido la casa,
 y desvaneciése al punto
 aquel infeliz alcázar
 del engañoso jardin,
 dejando en aquella plaza
 un hedor tan insufrible,
 que á los que cerca habitaban,
 les obligó á que deixasen
 por algnn tiempo sus casas.
 Alli delante de todos
 pidió Fadrique á Constanza
 y á Don Carlos, que á Teodosia
 rogasen que se casára
 con él, y aquel mismo dia
 los hizo casar Constanza.
 Portugal quedó asombrado,
 Lisboa quedó admirada,
 y aqui rendida la pluma
 el benigno indulto aguarda.

F I N.